

ristela, de tal manera estoy obligada á tener en perpetuo silencio una peregrinacion que hago, que hasta darle fin, aunque primero llegue el dia de la vida, soy forzada á guardarle! En sabiendo quién soy, que si sabrás si el cielo quiere, verás las disculpas de mis sobresaltos, sabiendo la causa de do nacen; verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados; verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enredos. ¿Ves cuán grande es el ñudo del parentesco de un hermano? pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro. ¿Ves ansimismo cuán propio es de los enamorados ser celosos? pues con mas propiedad tengo yo celos de mi hermano. ¿Este capitán, amiga, no exageró la hermosura de Sinforosa, y ella al coronar las sienes de Periandro, no le miró? Si, sin duda. ¿Y mi hermano no es del valor y de la belleza que tú has visto? ¿Pues qué mucho que haya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga olvidar de su hermana? Advierte, señora, respondió Transila, que todo cuanto el capitán ha contado sucedió ántes de la prision de la insula bárbara, y que despues acá os habeis visto y comunicado, donde habrás hallado que ni él tiene amor á nadie, ni cuida de otra cosa que de darte gusto; y no creo yo que las fuerzas de los celos lleguen á tanto, que alcancen á tenerlos una hermana de un su hermano. Mira, hija Transila, dijo Mauricio, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas, y sus leyes tan muchas como variables: procura ser tan discreta, que no apures los pensamientos ajenos, ni quieras saber mas de nadie de aquello que quisiere decirte: la curiosidad en los negocios propios se puede utilizar y atildar, pero en los ajenos que no nos importan, ni por pensamiento. Esto que oyó Auristela á Mauricio, la hizo tener cuenta con su discrecion y con su lengua, porque la de Transila, poco necia, llevaba camino de hacerle sacar á plaza toda su historia.

Amansó en tanto el viento, sin haber dado lugar á que los marineros temiesen, ni los pasajeros se alborotasen. Volvió el capitán á verlos y á proseguir su historia, por haber quedado cuidadoso del sobresalto que Auristela tomó oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela volver á la plática pasada, y saber del capitán si los favores que Sinforosa habia hecho á Periandro se extendieron á mas que coronarle, y así se lo preguntó modestamente, y con recato de no dar á entender su pensamiento. Respondió el capitán, que Sinforosa no tuvo lugar de hacer mas merced, que así se han de llamar los favores de las damas, á Periandro; aunque á pesar de la bondad de Sinforosa, á él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenia de que no estaba muy libre de tener en

la suya á Periandro, porque siempre que despues de partido se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subia y las levantaba sobre los cielos, y por haberle ella mandado que saliese en un navio á buscar á Periandro y le hiciese volver á ver á su padre, confirmaba mas sus sospechas. ¿Cómo, y es posible, dijo Auristela, que las grandes señoras, las hijas de los reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna, se han de humillar á dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sujetos colocados? Y siendo verdad, como lo es, que la grandeza y majestad no se aviene bien con el amor, ántes son repugnantes entre sí el amor y la grandeza, hase de seguir que Sinforosa, reina, hermosa y libre no se habia de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo, cuyo estado no prometia ser grande el venir guiando un timon de una barca con doce compañeros desnudos, como lo son todos los que gobiernan los remos. Calla, hija Auristela, dijo Mauricio, que en ningunas otras acciones de la naturaleza se ven mayores milagros ni mas continuos que en las del amor, que por ser tantos y tales los milagros, se pasan en silencio, y no se echa de ver en ellos por extraordinarios que sean: el amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la bajeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados, y viene á ser poderoso como la muerte. Ya sabes tú, señora, y sé yo muy bien la gentileza, la gallardía y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura, y es privilegio de la hermosura rendir las voluntades, y atraer los corazones de cuantos la conocen; y cuanto la hermosura es mayor y mas conocida, es mas amada y estimada: así que, no sería milagro que Sinforosa, por principal que sea, ame á tu hermano, porque no le amaría como á Periandro á secas, sino como á hermoso, como á valiente, como á diestro, como á ligero, como á sugeto donde todas las virtudes están recogidas y cifradas. ¿Qué, Periandro es hermano desta señora? dijo el capitán. Sí, respondió Transila, por cuya ausencia ella vive en perpetua tristeza; y todos nosotros, que la queremos bien, y á él le conocimos, en llanto y amargura: luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo, la division del esquife y de la barca, con todo aquello que fué bastante para darle á entender lo sucedido hasta el punto en que estaban; en el cual punto deja el autor el primer libro desta grande historia, y pasa al segundo, donde se contarán cosas que, aunque no pasan de la verdad, sobrepujan á la imaginacion, pues apenas pueden caber en la mas sutil y dilatada sus acontecimientos.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPITULO PRIMERO.

Donde se cuenta cómo el navio se volcó con todos los que dentro del iban.

PARCE que el autor desta historia sabia mas de enamorado que de historiador, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una difinicion de celos, ocasionados de los que mostró

tener Auristela por lo que le contó el capitán del navio; pero en esta traduccion, que lo es, se quita por prolija y por cosa en muchas partes referida y ventilada, y se viene á la verdad del caso, que fué, que cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros á los relámpagos, tras quien se siguen, comenzaron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la

nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros; y así á un mismo tiempo les cogió la turbacion y la tormenta; pero no por esto dejó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para excusar la muerte, para dilatar la vida: que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija, Antonio con Riela y con Constanza su madre y hermana: solo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana y católica religion, que con muchas véras procuraba guardar, y así se recogió entre ellos, y hechos un ñudo, ó por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navio, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar el cielo con las manos, levantándose el navio sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo: esperaban la muerte cerrados los ojos, ó por mejor decir, la temian sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga, es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oian voces que mandaban hágase esto ó aquello, sino gritos de plegarias y votos que hacian y á los cielos se enviaban; y llegó á tanto esta miseria y estrechez, que Transila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro; que uno de los efectos poderosos de la muerte es borrar de la memoria todas las cosas de la vida; y pues llega á hacer que no se sienta la pasion celosa, téngase por dicho que puede lo imposible. No habia allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban; todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitán, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los mas de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navio, y aun á visitar las mas altas gaviatas, las cuales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente, al parecer del dia, si se puede llamar dia el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder á un bajel: finalmente, combatida de un huracan furioso, como si la volvieran con algun artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban. Adios, castos pensamientos de Auristela, adios, bien fundados desinos: sosegáos, pasos tan honrados como santos, no espereis otros mauseolos, ni otras pirámides, ni agujas, que las que os ofrecen esas mal breadas tablas. Y vos, ó

Transila, ejemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto y anciano padre podeis celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao; á lo ménos con la esperanza que ya os habrá conducido á mejor tálamo: y tú, ó Riela, cuyos deseos te llevaban á tu descanso, recoge en tus brazos á Antonio y á Constanza, tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida, para mejorártela en el cielo. En resolucion el volcar de la nave, y la certeza de la muerte de los que en ella iban, puso las razones referidas en la pluma del autor desta grande y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oirán en el siguiente capitulo.

### CAPITULO II.

Donde se cuenta un extraño suceso.

Parece que el volcar de la nave volcó, ó por mejor decir, turbó el juicio del autor desta historia, porque á este segundo capítulo le dió cuatro ó cinco principios, casi como dudando qué fin en él tomara: en fin, se resolvió, diciendo, que las dichas y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida: andan el pesar y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera y el alegre que se confía, como lo da fácilmente á entender este extraño suceso: sepultóse la nave, como queda dicho, en las aguas; quedaron los muertos sepultados sin tierra, deshiciéronse sus esperanzas, quedando imposible á todos su remedio; pero los piadosos cielos, que de muy atras toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave fuese llevada poco á poco de las olas, ya mansas y recogidas, á la orilla del mar en una playa, que por entonces su apacibilidad y mansedumbre podia servir de seguro puerto, y no léjos estaba un puerto capicísimo de muchos bajeles, en cuyas aguas, como en espejos claros, se estaba mirando una ciudad populosa, que por una alta loma sus vistosos edificios levantaba.

Vieron los de la ciudad el bulto de la nave, y creyeron ser el de alguna ballena ó de otro gran pescado que con la borrasca pasada habia dado al traves: salió infinita gente á verlo, y certificándose ser navio lo dijeron al rey Policarpo, que era el señor de aquella ciudad, el cual acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas Policarpa y Sinforosa salió tambien, y ordenó que con cabestrantes, con tornos y con barcas, con que hizo rodear toda la nave, la tirasen y encaminasen al puerto. Saltaron algunos encima del buco, y dijeron al Rey que dentro dél sonaban golpes, y aun casi se oian voces de vivos. Un anciano caballero que se halló junto al Rey, le dijo: Yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterráneo, en la ribera de Jénova, una galera de España, que por hacer el cur con la vela, se volcó, como está agora este bajel, quedando la gavia en la arena y la quilla al cielo, y ántes que la volviessen ó enderezasen, habiendo primero oido rumor, como en este se oye, aserraron el bajel por la quilla, haciendo un buco capaz de ver lo que dentro estaba; y el entrar la luz dentro y el salir por él el capitán de la misma galera y otros cuatro compañeros suyos, fué todo uno. Yo vi esto, y está escrito este caso en muchas historias españolas, y aun podría ser viviesen agora las personas que segunda vez nacieron al mundo del vientre desta galera, y si aquí sucediese lo mismo, no se ha de tener á milagro, sino á misterio; que los milagros suceden fuera del órden de

la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros y no lo son, sino casos que acontecen raras veces. Pues ¿á qué aguardamos? dijo el Rey: siérrase luego el buco, y veamos este misterio, que si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro: grande fué la priesa que se dieron á serrar el bajel, y grande el deseo que todos tenían de ver el parto: abrióse en fin una gran concavidad, que descubrió muertos, y vivos que lo parecían: metió uno el brazo, y así de una doncella que el palparle el corazón daba señales de tener vida; otros hicieron lo mismo, y cada uno sacó su presa; y algunos pensando sacar vivos sacaban muertos, que no todas veces los pescadores son dichosos: finalmente, dándoles el aire y la luz á los medio vivos, respiraron y cobraron aliento, limpiáronse los rostros, fregáronse los ojos, estiraron los brazos, y como quien despierta de un pesado sueño, miraron á todas partes, y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Riela y Constanza en los de Rutilio, Antonio el padre y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salieron por sí mismos, y lo mismo hizo Mauricio: Arnaldo quedó mas atónito y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miróle Auristela, y no conociéndole, la primera palabra que le dijo, fué (que ella fué la primera que rompió el silencio de todos): ¿Por ventura, hermano mio, está entre esta gente la bellísima Sinforosa? Santos cielos, ¿qué es esto, dijo entre sí Arnaldo? ¿Qué memorias de Sinforosa son estas, en tiempo que no es razón que se tenga acuerdo de otra cosa que de dar gracias al cielo por las recibidas mercedes? Pero con todo esto, le respondió y dijo, que sí estaba, y le preguntó que cómo la conocía, porque Arnaldo ignoraba lo que Auristela con el capitán del navío, que le contó los triunfos de Periandro, había pasado, y no pudo alcanzar la causa por la cual Auristela preguntaba por Sinforosa, que si la alcanzara, quizá dijera que la fuerza de los celos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va á buscar al alma enamorada en los últimos trances de la vida. Y despues que pasó algun tanto el pavor en los resucitados, que así pueden llamarse, y la admiración en los vivos que los sacaron, y el discurso en todos dió lugar á la razón, confusamente unos á otros se preguntaban cómo los de la tierra estaban allí, y los del navío venían allí. Policarpo en esto, viendo que el navío al abrirle la boca, se le había llenado de agua, en el lugar de aire que tenía, mandó llevarle á jorro al puerto, y que con artificios le sacasen á tierra, lo cual se hizo con mucha presteza; salieron asimismo á tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navío, que fueron recibidos del rey Policarpo y de sus hijas y de todos los principales ciudadanos con tanto gusto como admiración; pero lo que mas les puso en ella, principalmente á Sinforosa, fué ver la incomparable hermosura de Auristela: fué tambien á la parte desta admiración la belleza de Transila, y el gallardo y nuevo traje, pocos años y gallardía de la bárbara Constanza, de quien no desdecía el buen parecer y donaire de Riela su madre; y por estar la ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevase, fueron todos á pie á ella.

Ya en este tiempo había llegado Periandro á hablar á su hermana Auristela, Ladislao á Transila, y el bárbaro padre á su mujer y su hija, y los unos á los otros se fué-

ron dando cuenta de sus sucesos: solo Auristela ocupada toda en mirar á Sinforosa, callaba; pero en fin habló á Periandro, y le dijo: ¿Por ventura, hermano, esta hermosísima doncella que aquí va es Sinforosa, la hija del rey Policarpo? Ella es, respondió Periandro, sugeto donde tienen su asiento la belleza y la cortesía. Muy cortés debe de ser, respondió Auristela, porque es muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondió Periandro, las obligaciones que yo la tengo me obligaran, ¿oh querida hermana mia! á que me lo pareciera. Si por obligaciones va, y vos por ellas encareceis las hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas divinas, replicó Periandro, no se han de comparar las humanas; las hipócritas y alabanzas, por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados: decir que una mujer es mas hermosa que un ángel, es encarecimiento de cortesía, pero no de obligación: sola en tí, dulcísima hermana mia, se quebran reglas, y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos que se dan á tu hermosura. Si mis trabajos y mis desasosiegos, ¿oh hermano mio! no turbaran la mia, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que de ella dices; pero yo espero en los piadosos cielos, que algun día ha de reducir á sosiego mi desasosiego, y á bonanza mi tormenta, y en este entretanto con el encarecimiento que puedo te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me debes otras ajenas hermosuras, ni otras obligaciones, que en la mia y en las mias podrás satisfacer el deseo y llenar el vacío de tu voluntad, si miras que juntando la belleza de mi cuerpo, tal cual ella es, á la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga.

Confuso iba Periandro oyendo las razones de Auristela; juzgábala celosa, cosa nueva para él, por tener por larga experiencia conocido que la discreción de Auristela jamas se atrevió á salir de los límites de la honestidad, jamas su lengua se movió á declarar sino honestos y castos pensamientos, jamas le dijo palabra que no fuese digna de decirse á un hermano en público y en secreto. Iba Arnaldo envidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mauricio con su hija y yerno, Antonio el grande con su mujer y hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio con la ocasión que se le ofrecía de contar, donde quiera que se hallase, la grandeza de tan extraño suceso. Llegaron á la ciudad, y el liberal Policarpo honró á sus huéspedes real y magníficamente, y á todos los mandó alojar en su palacio, aventajándose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabía que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le habían sacado de su reino; y así como vió la belleza de Auristela, halló su peregrinación en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo cuarto Policarpo y Sinforosa alojaron á Auristela, de la cual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de haberla hecho no amante sino hermana de Periandro: y así por su extremada belleza como por el parentesco tan estrecho que con Periandro tenía, la adoraba, y no sabía un punto desviarse della; desmenuzábale sus facciones, notábale las palabras, ponderaba su donaire, hasta el sonido y órgano de la voz le daba gusto. Auristela casi por el mismo modo, y con los mismos afectos miraba á Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones: Auristela miraba con celos, y Sinforosa con sencí-

lla benevolencia. Algunos días estuvieron en la ciudad descansando de los trabajos pasados, y dando traza de volver Arnaldo á Dinamarca ó adonde Auristela y Periandro quisieran, mostrando, como siempre lo mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio, que con ociosidad y vista curiosa había mirado los movimientos de Arnaldo, y cuán oprimido le tenía el cuello el amoroso yugo, un día en que se halló solo con él le dijo: Yo que siempre los vicios de los príncipes he reprendido en público, sin guardar el debido decoro que á su grandeza se debe, sin temer el daño que nace del decir mal, quiero agora sin tu licencia decirte en secreto lo que te suplico con paciencia me escuches: que lo que se dice aconsejando, en la intención halla disculpa lo que no agrada.

Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en qué iban á parar las prevenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo, determinó de escuchalle, y así le dijo que dijese lo que quisiese, y Clodio con este salvoconduto prosiguió diciendo: Tú, señor, amas á Auristela: mal dije amas, adoras dijera mejor, y segun he sabido, no sabes mas de su hacienda, ni de quién es, que aquello que ella ha querido decirte, que no te ha dicho nada; hasla tenido en tu poder mas de dos años, en los cuales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias posibles por enternecer su dureza, amansar su rigor y rendir su voluntad á la tuya por los medios honestísimos y eficaces del matrimonio, y en la misma entereza se está hoy que el primero día que la solicitaste, de donde arguyo, que cuanto á tí te sobra de paciencia, le falta á ella de conocimiento; y has de considerar que algun gran misterio encierra desechar una mujer un reino y un príncipe que merece ser amado: misterio tambien encierra ver una doncella vagabunda, llena de recato de encubrir su linaje, acompañada de un mozo, que como dice que lo es, podría no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sujeta á las inclemencias del cielo y á las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado: de los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar son los de la honra, á quien se posponen los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razón, y no con los mismos gustos. Aquí llegaba Clodio, mostrando querer proseguir con un filosófico y grave razonamiento, cuando entró Periandro, y le hizo callar con su llegada, á pesar de su deseo y aun del de Arnaldo, que quisiera escucharle: entraron asimismo Mauricio, Ladislao y Transila, y con ellos Auristela arrimada al hombro de Sinforosa, mal dispuesta, de modo que fué menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos y temores en los pechos de Periandro y Arnaldo, que á no encubrirlos con discreción, tambien tuvieran necesidad de los médicos como Auristela.

## CAPITULO III.

Sinforosa cuenta sus amores á Auristela.

Apénas supo Policarpo la indisposición de Auristela, cuando mandó llamar sus médicos, que la visitasen; y como los pulsos son lenguas que declaran la enfermedad que se padece, hallaron en los de Auristela, que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma; pero ántes que ellos conoció su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron

los médicos que en ninguna manera la dejasen sola, y que procurasen entretenerla y divertirla con música, si ella quisiese, ó con otros algunos alegres entretenimientos. Tomó Sinforosa á su cargo su salud, y ofrecióle su compañía á todas horas, ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan á la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la cual no pensaba sanar, porque estaba determinada de no decilla; que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponía á su deseo: finalmente, despejaron todos la estancia donde estaba, y quedáronse solas con ella Sinforosa y Policarpo, á quien con ocasión bastante despidió Sinforosa, y apénas se vió sola con Auristela, cuando poniendo su boca con la suya, y apretándole reciamente las manos con ardientes suspiros, pareció que quería trasladar su alma en el cuerpo de Auristela, afectos que de nuevo la turbaron, y así le dijo: ¿Qué es esto, señora mia, que estas muestras me dan á entender que estás mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia? Mirad si os puedo servir en algo, que para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondió Sinforosa, cuanto puedo agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas te respondo, sin que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos, ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada en tanto que la vida me durare, amo, quiero bien, adoro, díjelo: no, que la vergüenza, y el ser quien soy, son mordazas de mi lengua: ¿pero tengo de morir callando? ¿ha de sanar mi enfermedad por milagro? ¿es por ventura capaz de palabras el silencio? ¿han de tener dos recatados y vergonzosos ojos virtudes y fuerza para declarar los pensamientos infinitos de un alma enamorada? Esto iba diciendo Sinforosa con tantas lágrimas y con tantos suspiros, que movieron á Auristela á enjugarle los ojos, y á abrazarla y á decirle: No se te mueran, ó apasionada señora, las palabras en la boca; despidete de tí por algun pequeño espacio la confusión y el empaño, y hazme tu secretaria; que los males comunicados, si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio: si tu pasión es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sé que eres de carne, aunque pareces de alabastro, y bien sé que nuestras almas están siempre en continuo movimiento, sin que puedan dejar de estar atentas á querer bien á algun sugeto, á quien las estrellas las inclinan, que no se ha de decir que las fuerzan: dime, señora, á quién quieres, á quién amas y á quién adoras; que como no des en el disparate de amar á un toro, ni en el que dió el que adoró el plátano, como sea hombre el que segun tú dices adoras, no me causará espanto ni maravilla: mujer soy como tú, mis deseos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido á la boca, que bien pudiera, como señales de la calentura; pero al fin habrán de romper por inconvenientes y por imposibles, y siquiera en mi testamento procuraré que se sepa la causa de mi muerte. Estábala mirando Sinforosa, cada palabra que decía la estimaba como si fuera sentencia salida de la boca de un oráculo. ¡Ay, señora, dijo, y cómo creo que los cielos te han traído por tan extraño rodeo, que parece milagro, á esta tierra: condolidos de mi dolor y lastimados de mi lástima, del vientre oscuro de la nave te volvieron á la luz del mundo, para que mi escuridad tuviese luz, y mis deseos salida de la confusión en que están! Y así

por no tenerme, ni tenerte mas suspensa, sabrás que á esta isla llegó tu hermano Periandro; y sucesivamente le contó del modo que había llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció, y los premios que ganó, del modo que ya queda contado: díjole tambien, cómo las gracias de su hermano Periandro habían despertado en ella un modo de deseo, que no llegaba á ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento á contemplar sus gracias, el amor se le fué pintando, no como hombre particular, sino como á un príncipe, que si no lo era, merecía serlo: esta pintura me la grabó en el alma, y yo inadvertida dejé que me la grabase, sin hacerle resistencia alguna, y así poco á poco vine á quererle, á amarle y aun á adorarle, como he dicho.

Mas dijera Sinforosa, si no volviera Policarpa deseosa de entretener á Auristela, cantando al son de una arpa que en las manos traía: enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela, pero el silencio de la una y el perdimiento de la otra no fueron parte para que dejasen de prestar atentos oídos á la sin par en música, Policarpa, que desta manera comenzó á cantar en su lengua lo que despues dijo el bárbaro Antonio, que en la castellana decia:

Cintia, si desengaños no son parte  
Para cobrar la libertad perdida,  
Da riendas al dolor, suelta la vida;  
Que no es valor ni es honra el no quejarte.

Y el generoso ardor que parte á parte  
Tiene tu libre voluntad rendida,  
Será de tu silencio el homicida,  
Cuando pienses por él eternizarte.

Salga con la doliente ánima fuera  
La enferma voz; que es fuerza y es cordura  
Decir la lengua lo que la alma toca.

Quejándote, sabrá el mundo siquiera  
Cuán grande fue de amor tu calentura,  
Pues salieron señales á la boca.

Ninguno como Sinforosa entendió los versos de Policarpa, la cual era sabidora de todos sus deseos; y puesto que tenía determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo á Auristela sus pensamientos, como ya se los había comenzado á decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela, dando á entender, que mas por cortés que por su gusto propio la acompañaba: en fin, una vez tornando á anudar la plática pasada, le dijo: Oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma no dejan sosegar la lengua: reventaré si no las digo, y este temor, á pesar de mi crédito, hará que sepas que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mí conocidas llevaron tras sí mis enamorados deseos; y sin entremeterme en saber quién son sus padres, la patria ó riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiendo á la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido: por sí solo le quiero, por sí solo le amo, y por sí solo le adoro, y por tí sola, y por quien eres, te suplico que sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres: innumerables riquezas me dejó mi madre en su muerte, sin sabiduría de mi padre; hija soy de un rey, que puesto que sea por eleccion, en fin, es rey; la edad ya la ves, la hermosura no se te encubre, que tal cual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida: dame, señora, á tu hermano por esposo, daréte yo á mí misma por hermana, repartiré contigo

mis riquezas, procuraré darte esposo, que despues, y aun ántes de los dias de mi padre, le elijan por rey los deste reino; y cuando esto no pueda ser, mis tesoros podrán comprar otros reinos. Teniale á Auristela de las manos Sinforosa, bañándose en lágrimas, en tanto que estas tiernas razones la decia: acompañábale en ellas Auristela, juzgando en sí misma cuáles y cuántos suelen ser los aprietos de un corazón enamorado; y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenía lástima; que un generoso pecho no quiere vengarse cuando puede, cuanto mas que Sinforosa no la había ofendido en cosa alguna que la obligase á venganza: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenía, su intencion la que á ella traía desatinada: finalmente, no podía culparla, sin que ella primero no quedase convencida del mismo delito: lo que procuró apurar fué, si la había favorecido alguna vez, aunque fuese en cosas leves, ó si con la lengua ó con los ojos había descubierto su amorosa voluntad á su hermano. Sinforosa la respondió, que jamas había tenido atrevimiento de alzar los ojos á mirar á Periandro, sino con el recato que á ser quien era debía, y que al paso de sus ojos había andado el recato de su lengua. Bien creó eso, respondió Auristela, ¿pero es posible que él no ha dado muestras de quererte? si habrá, porque no le tengo por tan de piedra que no le enterezca y ablande una belleza tal como la tuya; y así soy de parecer que ántes que yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dándole ocasion para ello con algun honesto favor: que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los mas tibios y descuidados pechos; que si una vez él responde á tu deseo, seráme fácil á mí hacerle que de todo en todo le satisfaga: todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosísimos: no te aconsejo yo que te deshonestes ni te precipites, que los favores que hacen las doncellas á los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion: y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, á los mas turbados ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito.

#### CAPITULO IV.

Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa.

Atenta estaba la enamorada Sinforosa á las discretas razones de Auristela, y no respondiendo á ellas, sino volviendo á anudar las del pasado razonamiento, le dijo: Mira, amiga y señora, hasta dónde llegó el amor que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un capitán de la guarda de mi padre le fuese á buscar y le trujese por fuerza ó de grado á mi presencia, y el navío en que se embarcó es el mismo en que tú llegaste, porque en él entre los muertos le hallado sin vida. Así debe de ser, respondió Auristela, que él me contó gran parte de lo que tú me has dicho, de modo que ya yo tenía noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos, los cuales si es posible quiero que sosiegues hasta que se los descubras á mi hermano, ó hasta que yo tome á cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con él te hubiere sucedido, que ni á tí te faltará lugar para hablarle, ni á mí tampoco. De nuevo volvió Sinforosa á agradecer á Auristela su ofrecimiento, y de nuevo volvió Auristela á tenerle lás-

tima. En tanto que entre las dos esto pasaba, se las había Arnaldo con Clodio, que moria por turbar ó por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo; y hallándole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dijo: El otro dia te dije, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condicion de la mujeres, y que Auristela en efecto es mujer, aunque parece un ángel, y que Periandro es hombre, aunque sea su hermano; y no por esto quiero decir que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato; y si por ventura te dieren lugar de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres quién eres, la soledad de tu padre, la falta que haces á tus vasallos, la contingencia en que te pones de perder tu reino, que es la misma en que está la nave donde falta el piloto que la gobierna: mira que los reyes están obligados á casarse, no con la hermosura, sino con el linaje; no con las riquezas, sino con la virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucesores á sus reinos: desmenguá y apoca el respeto que se debe al príncipe el verle cojear en la sangre, y no basta decir que la grandeza del rey es en sí tan poderosa que iguala consigo misma la bajeza de la mujer que escogiere: el caballo y la yegua de casta generosa y conocida prometen crias de valor admirable, más que las no conocidas y de baja estirpe: entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto, pero no le ha de tener entre la noble: así que, ó señor mio, ó te vuelve á tu reino, ó procura con el recato no dejar engañarte, y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiciente y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado: debajo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece que va mejorando mi condicion hasta aquí depravada. Yo te agradezco, ó Clodio, dijo Arnaldo, el buen consejo que me has dado, pero no consiente ni permite el cielo que le reciba: Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es, que para mí cualquiera cosa que dijere ha de ser verdad: yo la adoro sin disputa, que el abismo casi infinito de su hermosura lleva tras sí el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo y he de tener vida; así que, Clodio, no me aconsejes mas, porque tus palabras se llevarán los vientos, y mis obras te mostrarán cuán vanos serán para conmigo tus consejos. Encogió los hombros Clodio, bajó la cabeza y apartóse de su presencia, con propósito de no servir mas de consejero, porque el que lo ha de ser requiere tener tres calidades: la primera, autoridad, la segunda, prudencia, y la tercera ser llamado. Estas revoluciones, trazas y máquinas amorosas andaban en el palacio de Policarpa y en los pechos de los confusos amantes: Auristela celosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, Arnaldo pertinaz y Mauricio haciendo dinisinos de volver á su patria contra la voluntad de Transilao, que no queria volver á la presencia de gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao, su esposo, no osaba ni queria contradecirla; Antonio, el padre, moria por verse con sus hijos y mujer en España, y Rutilio en Italia su patria: todos deseaban, pero á ninguno se le cumplieran sus deseos: condicion de la naturaleza humana, que puesto

que Dios la crió perfecta, nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la cual falta siempre la ha de haber mientras no dejáremos de desear.

Sucedió pues que casi de industria dió lugar Sinforosa á que Periandro se viese solo con Auristela, deseosa que se diese principio á tratar de su causa y á la vista de su pleito, en cuya sentencia consistia la de su vida ó muerte: las primeras palabras que Auristela dijo á Periandro, fueron: Esta nuestra peregrinacion, hermano y señor mio, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia y cada momento me hace temer los de la muerte, y querria que diésemos traza de asegurar la vida, sosegándola en una parte; y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos, que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y mujer noble y hermosísima en todo extremo, digna, no de que te ruegue como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures. En tanto que Auristela esto decia, la miraba Periandro con tanta atencion, que no movia las pestañas de los ojos, corría muy apriesa con el discurso de su entendimiento para hallar dónde podrian ir encaminadas aquellas razones; pero pasando adelante con ellas Auristela, le sacó de su confusion, diciendo: Digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en cualquier estado que tomes, digo, que Sinforosa te adora y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas increíbles, y yo digo que tiene creible hermosura: digo creible, porque es tal, que no ha menester que exageraciones la levanten ni hipóboles la engrandezcan, y en lo que he echado de ver es de condicion blanda, de ingenio agudo y de proceder tan discreto como honesto: con todo esto que te he dicho, no dejo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero segun los casos presentes, no te estará mal esta compañía: fuera estamos de nuestra patria, tú perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino á Roma cuanto mas le procuramos, mas se dificulta y alarga; mi intencion no se muda, pero tiembla, y no querria que entre temores y peligros me asaltase la muerte, y así pienso acabar la vida en religion, y querria que tú la acabases en buen estado. Aquí dió fin Auristela á su razonamiento, y principio á unas lágrimas que desdecian y borran todo cuanto había dicho: sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiéndolos por el lecho, y volvió la cabeza á la parte contraria de donde estaba Periandro, el cual viendo estos extremos, y habiendo oido sus palabras, sin ser poderoso á otra cosa, se le quitó la vista de los ojos, se le anudó la garganta y se le trabó la lengua, y dió consigo en el suelo de rodillas, y arrojó la cabeza al lecho: volvió Auristela la suya, y viéndole desmayado le puso la mano en el rostro, y le enjugó las lágrimas, que sin que él lo sintiese hilo á hilo le bañaban las mejillas.

#### CAPITULO V.

De lo que pasó entre el rey Policarpa y su hija Sinforosa.

Efectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas: adormécense ó entorpecense á unos los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño; tiembla tal vez un hombre de un raton, y yo le he visto temblar de ver cortar un rábano, y á otro le he visto levantarse de una mesa de respeto por ver poner unas aceitunas: si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que mas